El quinto Vizconde de Palazuelos, alcalde de Toledo

Alfonso de Ceballos-Escalera y Gila
Vizconde de Ayala
Correspondiente

Para rendir homenaje a quien fue nuestro Director, don Ramón Gonzálvez, quiero hacer hoy una breve memoria de un alcalde isabelino de Toledo, cuya figura y trayectoria vital no son apenas conocidas del público. Me refiero a don Jerónimo del Hierro y Rojas, quinto Vizconde de Palazuelos.

La familia del Hierro es originaria de la ciudad de Segovia, en la que ya fungía a mediados del siglo XV, produciendo algunos canónigos y dignidades catedralicias: su varonía parece de Salcedo, vascongada; sus casas principales en la calle de Valdeláguila pasaron más tarde a uno de sus vástagos, Gonzalo Pérez (del Hierro), secretario del Emperador (y padre de Antonio Pérez) y sus entierros estaban en la capilla mayor del monasterio de Santa Isabel. Durante el siglo XVI alternaron su residencia segoviana con la de Guadalajara, sirvieron al Rey en Nápoles y alcanzaron hábitos de la Orden de Santiago. Ya en 1693 Don Carlos II concedió el título de Vizconde de Palazuelos. Desde mediados del siglo XVIII el matrimonio celebrado en 1747 por el tercer Vizconde con la toledana doña Isidora Vicenta de Rojas y Robles Gorbalán, hija de los Marqueses de Villanueva de Duero, unió para siempre a esta familia con la Ciudad Imperial.

El patrimonio familiar era cuantioso y estaba compuesto por varios mayorazgos y vínculos. En Segovia y en Guadalajara radicaban los procedentes de la familia del Hierro, Vizcondes de Palazuelos; también en Segovia radicaban los bienes vinculados por la familia Arias Dávila. En Antequera se hallaban algunos vínculos procedentes de los Rojas, Marqueses de la Peña de los Enamorados. Y también por los Rojas se unieron a esta Casa muchos bienes en Toledo, en donde igualmente radicaban los heredados de los Robles Gorbalán y el señorío y dehesa de Villamiel (hoy Villafiel). Por todos ellos, el Vizconde de Palazuelos gozaba en 1825 de una renta anual valuada en 6.000 ducados, cifra ciertamente respetable.

Don Jerónimo del Hierro y Rojas, Rojas y Rojas, V Vizconde de Palazuelos, vino al mundo en Antequera (Málaga), solar de la mayor parte de su familia inmediata, el 27 de marzo de 1802 como hijo menor -pero único varón- de don Antonio del Hierro y Rojas, IV Vizconde de Palazuelos (1753-1812), regidor perpetuo de Toledo y gentilhombre de cámara de Su

Majestad, maestrante de Ronda y protector de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid y de su segunda mujer y sobrina doña María Antonia de Rojas y de Rojas (1770-¿1810?), hija a su vez de los Marqueses de la Peña de los Enamorados, una de las grandes familias de Antequera. Estaba así emparentado con numerosas familias de la más encumbrada nobleza española.

Su nacimiento, algo inesperado, como lo fue el segundo matrimonio de su padre, causó graves problemas a sus dos hermanas mayores doña Lorenza y doña María Blasa –hijas de un primer matrimonio de su padre–, puesto que las apartó de la sucesión de los mayorazgos familiares y las dejó en una situación económica más desfavorable. Lo que causaría un resentimiento que duró más de cien años en el seno de la familia, como nos recuerda en sus *Memorias* el Marqués de Lozoya, bisnieto del Vizconde, que todavía en el primer tercio del siglo XX fue víctima de ese resentimiento:

> *Una historia centenaria que influyó decisivamente en mi vida. Mi tatarabuelo el Vizconde de Palazuelos tuvo de un primer matrimonio tres hijas, la mayor de las cuales casó con un caballero catalán, don Agustín de Mascaró, sin otra fortuna que su carrera militar. Parecía que en esta pareja habían de recaer el título y los mayorazgos de los del Hierro. Pero mi tatarabuelo, ya setentón, dio en enamorarse de una sobrina, hija de los Marqueses de la Peña de los Enamorados y de este matrimonio nació un hijo varón: mi bisabuelo, que heredó todos los mayorazgos de la Casa. Ya mayor de edad, mi bisabuelo nombró a su cuñado, don Agustín de Mascaró, ya retirado, administrador de su hacienda segoviana y la familia se instaló en el palacio de Hoyuelos, donde nació mi tío Tomás de Mascaró y pasó mi tía Asunción su infancia. Huérfana esta señora, vivió con alguna de sus hermanas, o, como parienta pobre, en casa de su prima la Condesa de Cedillo, que la quería como hermana. Mi tío Domingo, el VI Marqués de Lozoya, era un gran amigo de mi bisabuelo el Vizconde de Palazuelos. Cuando aquél enviudó por tercera vez éste le propuso la boda con su sobrina Asunción de Mascaró. La huérfana desheredada pasó a ser la Marquesa de Lozoya y poseedora de la que era, acaso, la más suntuosa residencia y la mayor fortuna de la ciudad. A su muerte, su marido la dejó el usufructo de sus bienes y, gran administradora, se formó en su viudez una gran fortuna personal. Quería mucho a mi madre (yo creo que fue ella la que influyó en su boda con mi padre, ya VII Marqués de Lozoya). Pero mi tía había heredado una manía obsesiva contra los mayorazgos. Su testamento, como el de su hermano Tomás, nos excluía absolutamente a mi hermano y a mí...*[1]

[1] Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya,, *Memorias 1893-1923*, Segovia, 1992.

Huérfano de padre desde los diez años, el joven Vizconde de Palazuelos quiso seguir la carrera militar, siguiendo los pasos de su abuelo paterno, a quien nunca llegó a conocer: el tercer Vizconde, santiaguista, había alcanzado el empleo de mariscal de campo de los Reales Ejércitos y había sido gobernador de Ocaña y de Pamplona. Y así, a usanza de la época, don Jerónimo obtuvo del Rey el 17 de noviembre de 1820 las charreteras de capitán de Milicias Provinciales, agregado al Regimiento Provincial de Segovia, en el que prestó servicio durante todo el *Trienio* constitucional; pero cuando Fernando VII, con la ayuda de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, restauró el absolutismo en octubre de 1823, ese nombramiento fue declarado nulo *por haber sido obtenido en tiempo inhábil*.

El 3 de julio de 1824 el Rey volvió a hacer capitán al Vizconde de Palazuelos, pero sin antigüedad, destinándolo al Regimiento Provincial de Toledo. El Vizconde, que gozaba, como se ha dicho, de una buena renta anual por sus mayorazgos, renunció al sueldo que como tal capitán pudiera corresponderle. Y con ese Regimiento prestó, durante los restantes años de la *Década Ominosa*, servicio de guarnición en La Mancha, en Madrid y en Almería, hasta que en enero de 1827 la compañía de cazadores que mandaba fue agregada a la Guardia Real Provincial, con la que hizo el servicio ordinario en Palacio. Quizá esta cercanía a la corte fuese la causa de sus rápidos ascensos -que no conocemos en detalle, por estar reservado en parte su expediente militar, debido a su mal estado[2]-, pues en el junio de 1831 ya era coronel y estaba mandando el Regimiento Provincial de Segovia, que entonces guarnecía Barcelona.

El 1 de abril del año de 1833 el joven coronel se casó en Madrid (parroquia de San Sebastián) con doña Ramona Barrera y Aguirre, nacida en Madrid el 30 de julio de 1804 e hija del hidalgo navarro don José Barrera e Ibarra, que fue capitán de Húsares de Olivenza (y que después se afrancesó y fue comisario de guerra josefino y caballero de la Orden Real de España, y de la gaditana doña Ventura de Aguirre y Sánchez Caballero. Fue, según parece por algo desigual posición social y económica de la familia de la novia, un matrimonio por amor.

El inicio en el otoño de 1833 de la guerra civil entre isabelinos y carlistas cambió completamente la vida de don Jerónimo; notemos ahora que el Vizconde de Palazuelos, hijo de su tiempo, era sin duda liberal, cercano al llamado partido moderado. Como coronel jefe del Regimiento Provincial de Ávila salió inmediatamente a campaña contra los carlistas en el Norte, distinguiéndose en las operaciones realizadas en Navarra; el 27 de

[2] Archivo General Militar de Segovia, 1ª Sección, legajo I-194.

marzo de 1834, en la acción de Muro, cargó al enemigo al frente de sus soldados y mereció la cruz de primera clase de la Real y Militar Orden de San Fernando (*Real Cédula* de 6 de noviembre de aquel año). Desde 1835 mandó el Regimiento Provincial de Toledo, con el que continuó actuando en la campaña carlista.

Pero el nacimiento de su única hija doña Ventura, ocurrido en Madrid el 13 de noviembre de 1836, en su casa de la calle de Valverde 22, volvió a dar un giro notable a la trayectoria vital del Vizconde, pues en el trance del parto murió la Vizcondesa. Apenadísimo, el coronel Vizconde de Palazuelos pidió y obtuvo la licencia absoluta, que se le concedió con el anejo empleo de coronel de Infantería y se retiró a su casa de Toledo para atender a la crianza y educación de su hijita, pues tuvo en su infancia y adolescencia una salud delicada, llegando, sin embargo, a ser madre de muchos hijos y sobre todo un acabado modelo de mujer, según su nieto Lozoya[3].

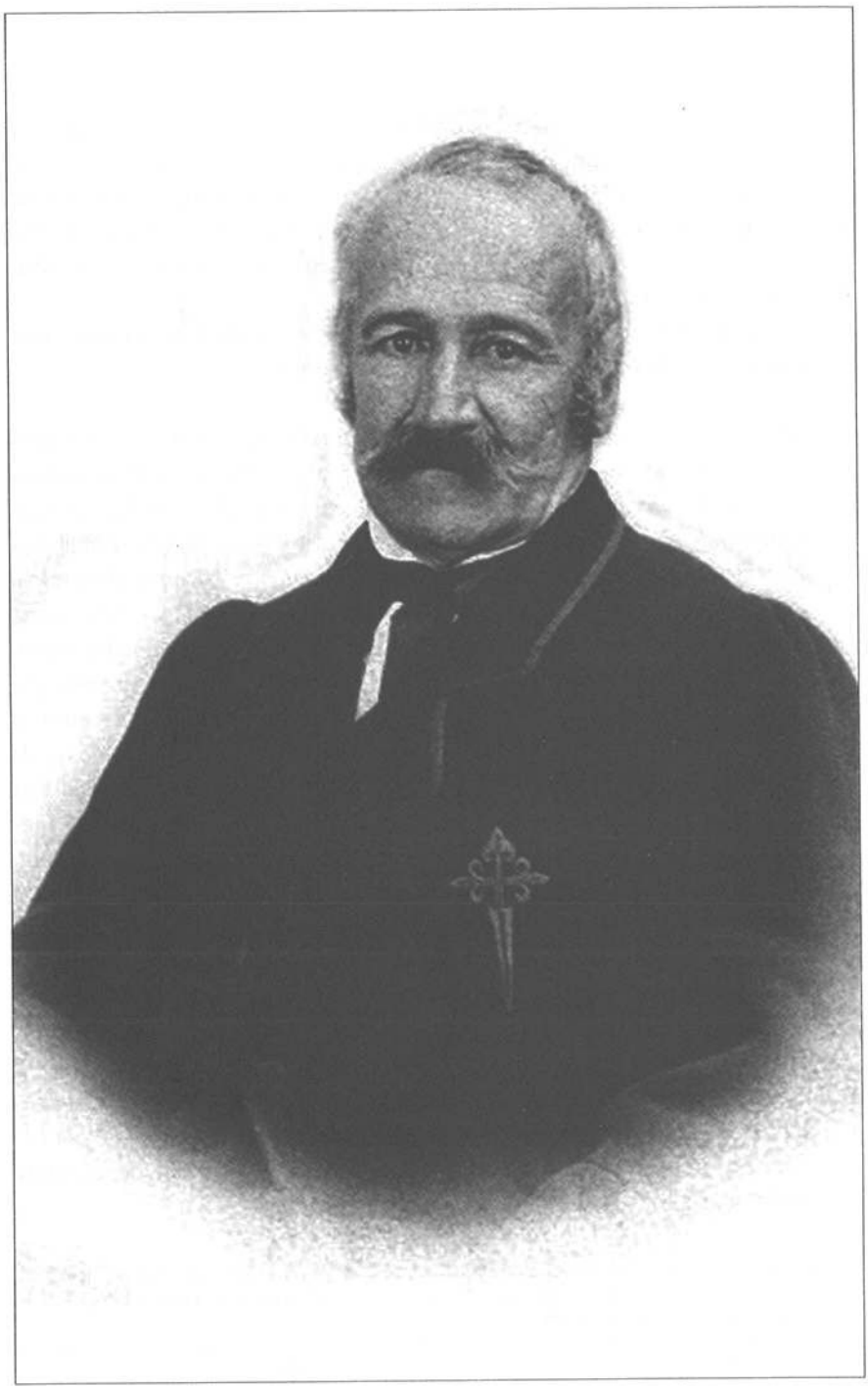
El resto de sus días llevó el viudo Vizconde una vida discreta, dedicada, como digo, a su hija -después también a sus nietos-, a la administración de sus cuantiosos bienes y hacienda -sobre todo rurales- y a las numerosísimas obras pías y caritativas a las se dedicó con preferencia. En 1845 obtuvo de la Reina la merced de hábito en la Orden de Militar de Santiago, en la que se cruzó caballero en 1847[4].

Pero también mostró nuestro quinto Vizconde de Palazuelos una notable vocación de servicio público, pues sabemos que fue miembro de la Diputación Provincial de Toledo y presidente de la Comisión Provincial Científico-artística, creada por Real Decreto de 19 de mayo de 1837, siendo su intervención decisiva en la preservación de las cuevas de Higares, y de otros hallazgos arqueológicos[5]. Durante la década moderada (1843-1854) fue alcalde de Toledo, cargo que sirvió durante un bienio exacto, desde el 1 de enero de 1846 hasta el 1 de enero de 1848; también, desde 1848, presidente de la Comisión provincial de la Cría Caballar. Más tarde, por Real Decreto de 19 de junio de 1857, fue designado por el Ministerio de Fomento vicepresidente de la Comisión Provincial de Estadística; y en la década de 1860 fungió como presidente de la Junta Provincial de Agri-

[3] Doña Ventura del Hierro y Barrera, fallecida en Toledo el 16 de octubre de 1871, pocas semanas antes que su padre, por lo que no llegó a heredar la Casa. Había contraído matrimonio en el oratorio de las casas de su padre el 25 de septiembre de 1855 con don Luis Antonio López de Ayala Álvarez de Toledo y Dusmet, XV Conde de Cedillo, notario mayor del Reino de Granada, caballero de la Orden de Santiago, maestrante de Granada, nacido en Madrid el 9 de marzo de 1833 y muerto allí el 12 de enero de 1896.

[4] Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, Santiago, expediente 258 moderno; y Expedientillos, 8955 y 18895.

[5] Francisco García Martín, *La Comisión de Monumentos de Toledo* (1836-1875), Toledo, 2008.



cultura, Industria y Comercio de Toledo, en cuyos trabajos fue muy activo, presentando los productos de sus fincas en las sucesivas exposiciones provinciales -según sus catálogos-. También fue presidente de la comisión provincial toledana de la Asociación General de Ganaderos del Reino -sucesora del Honrado Concejo de la Mesta-. En 1865 el Vizconde era de nuevo diputado provincial de Toledo y presidente de la Junta Provincial de Instrucción Pública. Creo que la vida pública del quinto Vizconde de Palazuelos, por su importancia en la historia local, bien merecería un estudio más detallado[6].

De la década de 1860 datan los primeros recuerdos de su nieta primogénita, Ramona, que nos describe así a su abuelo:

> *No he dicho nada todavía de las personas a quienes nunca olvidaré y a quienes, después de mis padres, debo más cariño en aquella época. El primero es mi abuelo materno, que era un modelo de rectitud y caballerosidad, en todo tan grande que mi padre no le consideró nunca como un suegro, sino el más querido de los padres, era alegre y animado como pocos, siempre dispuesto a decir cosas agradables a todas las muchachas, guapas o feas, que iban a casa, tenía un partido enorme en todas las clases de la sociedad, sus iguales le querían y respetaban como amigo verdadero, y para los pobres y personas que dependían de él era una verdadera providencia, siempre atento y dispuesto a hacerles todo el bien posible. No digo nada de lo que era para sus nietos y de ese cariño tan grande que nos tenía participaban todos nuestros compañeros de juegos, les colmaba de regalos, como a nosotros, y todos le llamaban* Llellé, *por lo que decían que era el abuelo universal ... Era generoso con todos y en obsequiar a sus amigos en especial, no olvido los días de campo que para festejar cualquier suceso preparaba, en el cigarral de Marrón sobre todo; allí había una casita donde generalmente comíamos, luego se pasaba la tarde entretenidos siempre todos y amenizados de buen humor y bondad de toda la concurrencia. Se reunía toda la familia y amigos íntimos y recuerdo haberles visto disputar y reírse muchísimo... Nuestros paseos eran a los cigarrales, de los que tenía mi abuelo cuatro: el de Marrón y el de Mondragones, eran dos distintos pero al comprarlos les unió, pues no les separaba más que una valla... El otro cigarral que tenía mi abuelo se llamaba La Peraleda, era muy hermoso, a la orilla del río y lleno de árboles frutales...*[7]

[6] Su fama ha sido completamente eclipsada por la de su nieto primogénito, homónimo y heredero, el sexto Vizconde -y Conde de Cedillo-, don Jerónimo López de Ayala y del Hierro (1862-1934), el gran historiador de la ciudad de Toledo.

[7] Ramona López de Ayala y del Hierro, Marquesa Viuda de Lozoya, *Recuerdos de una casi setentona* (Toledo, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 2003).

En sus últimos años pasaba el Vizconde temporadas veraniegas en Lequeitio con sus hijos y nietos, entreteniéndose en pescar desde un balcón de la misma casa, construida sobre el mar; y ya a partir de 1867 las pasó en Biarritz, en donde su yerno el Conde de Cedillo adquirió la soberbia propiedad llamada *Calaoutça*, a orillas del lago Marion -que hoy poseen los Iturbe-. Y allá que fue también, a regañadientes, el buen Vizconde, que hasta se lanzó a ver París, como nos relata su repetida nieta mayor:

> *Lograron mis padres aquel año que fuese a Calaoutça mi abuelo a pasar una temporada; tenía una manía a Francia y a todos sus habitantes terrible, pero el amor a su hija venció e hizo el sacrificio de pasar la frontera, fue recibido con la alegría que es de suponer, lo pasó tan contento, rodeado de tanto cariño, que olvidó que estaba en la tierra tan aborrecida por él. Iba con mis padres a Biarritz, y como la sociedad aquella era española, lo pasaba muy bien. Como aquél año fue la exposición de París, le pudo decidir mi padre a que le acompañase a verla, no dejó de entretenerse viéndola, pero siempre protestando de todo porque allí sí que se sentía en Francia y, cuando volvió, se apoderó de él la nostalgia de Toledo y no tardó en marcharse, pues decía que el fin que se había propuesto era ver a sus hijos y nietos y ya estaba cumplido, llevaba la satisfacción de verlos buenos y contentos, y que ya nada tenía que hacer allí.*

Las turbulencias de la revolución de 1868 y los disturbios y desórdenes del *Sexenio revolucionario* orientaron al anciano Vizconde, quizá por influencia de su yerno el Conde de Cedillo, hacia el Carlismo: su nieta Ramona recuerda algunas situaciones de peligro de su persona, ocurridas entonces en Toledo y alguna otra que mereció su aprobación -así cuando en La Granja su cochero dio un rodeo para no cruzarse con el landó del Rey Amadeo-. De hecho, nuestro Vizconde se presentó como candidato por el partido carlista en las elecciones a Cortes de 1871, sin resultar elegido.

Una inmensa pena por la pérdida de su única hija, ocurrida en Toledo el 16 de octubre de 1871, sumió al anciano Vizconde de Palazuelos en una gravísima enfermedad que le llevó a la tumba. Su nieta la repetida Marquesa de Lozoya nos relata sus últimos días:

> *Mi padre se bajaba por las noches a acompañar a mi abuelo para que no se quedase solo, estaba el infeliz en un estado fatal, sin poder conciliar el sueño y sin poder llorar, que dicen fue lo que le hizo más daño, se subían de día a casa y estábamos todos reunidos, sufriendo mucho, eso sí, y al tercer día de*

la muerte de mi madre nos dijo "yo no puedo vivir sin mi hija y esta pena acaba conmigo", nos dio un beso y se bajó con mi padre a sus habitaciones. Al día siguiente era tal su abatimiento y se estado de debilidad que no tuvo fuerzas para levantarse, una persona tan enérgica como fue siempre, la pena pudo con su robustísima naturaleza. Así estuvo cuarenta y cinco días y murió el 30 de noviembre sin haber querido volvernos a ver. Yo deseaba verle y un día logré entrar en su despacho, me vio desde la alcoba y empezó a hacer signos con la mano para que me fuera, le decía la Nana, "Señor, sus nietos deben ser un consuelo para Vd., déjelos que vengan"; pero él contestó "son cinco clavos que tengo en el alma". No volví a intentar entrar en su cuarto, pero ¡qué pena me daba! ...¡qué temporada aquella más cruel...!

El viejo coronel don Jerónimo del Hierro y Rojas, V Vizconde de Palazuelos, alcalde que fue de Toledo, murió en la ciudad imperial el 30 de noviembre de 1871, habiendo hecho su testamento allí el 22 de abril de 1847, ante el escribano Gabriel Torres Vicuña.